

Una ceremonia del adiós: Pensamiento vivido, de György Lukács

Silvia Nora Labado*

Resumen:

El trabajo constituye un análisis de *Pensamiento vivido*, de György Lukács, que indaga sobre las posibilidades de un texto autobiográfico formalmente inestable debido a lo inminente del fin de la vida y que, en ese sentido, pretende dejar huellas, vestigios para reconstruir aspectos solo recuperables a través de la memoria, como la infancia, o rectificar lo que pudo haber sido desnaturalizado. Por último, *Pensamiento vivido* manifiesta sus propios límites: en el final de la vida ya no hay hechos y hasta la memoria se torna por momentos inaprensible; sin embargo, la organicidad de la vida del pensador marxista es afirmada una vez más.

Palabras clave:

Lukács; autobiografía; marxismo; filosofía; política

The farewell ceremony: Gelebtes Denken, by György Lukács

Abstract:

The article analyses some important features of György Lukács' last work, *Gelebtes Denken*. Lukács himself is aware of the limits of an "autobiography in the dialogue", an individual analysis where social and general characters are sometimes absent. Nevertheless *Gelebtes Denken* still postulates the imperative of an authentic life. Moreover, despite all the difficulties and the contingency implied by the individual point of view, it is shown how Lukács manages to preserve the effort of philosophical comprehension of life and its circumstances.

Key words:

György Lukács – *Gelebtes Denken* – autobiography – Philosophy – Marxism.

* Professora da Universidad Nacional de General Sarmiento e da Universidade de Buenos Aires.

En primer lugar, el género. Formas incompletas de la manifestación de la subjetividad que surgen, en este caso, en *Pensamiento vivido*, de Lukács, de una imposibilidad. Por un lado, el diálogo, reemplazo, a través de la oralidad, de una renuncia insoslayable a la escritura; por otro, las notas, los apuntes incompletos que necesitan del báculo externo para aspirar a la totalidad. El diálogo y las notas no constituyen, entonces, el corolario de una elección.

Estos pensamientos vividos se apartan y se acercan, por su forma, de configuraciones transitadas por la literatura biográfica y autobiográfica. La deliberada escisión del sujeto puede derivar de la afirmación de una desconfianza, de una suspicacia respecto de la armonización subjetiva y de las posibilidades de la memoria; también, del reconocimiento de la discontinuidad individual entre el tiempo del presente y el del recuerdo; el paso del tiempo escinde al ser y del que ya vivió solo queda el recuerdo. Sobre esta base, podemos afirmar, se concibe una autobiografía dividida, dialogada, ostensiblemente vulnerable como es *Enfance*, de Nathalie Sarraute. De esta escritura, que conlleva una opción deliberada pasamos, no obstante, a otras formas del diálogo; allí surge, como *pendant* irrevocable de este texto lukácsiano, *La cérémonie des adieux*, de Simone de Beauvoir: por un lado, los diálogos con el filósofo, que permiten recuperar parte de su pensamiento tardío; por el otro, la narración de los últimos tiempos de aquel, narración biográfica y no autobiográfica, morosamente detenida en la cotidianidad de la decrepitud física. De aquí se desprenden algunas observaciones: en primer lugar, la tradición, fuertemente anclada, de narrar el fin de la vida de un filósofo, desde Platón hasta aquí, hasta la palabra de Beauvoir, que se esgrime como autorizada para hacerlo; en segundo lugar, la constatación de que Sartre tuvo *Les mots* para dar cuenta de su infancia y ajustar cuentas con ella. Sobre estas bases se establecen las diferencias con el texto lukácsiano: la escisión de *Pensamiento vivido* es diversa; los diálogos están, pero no como complemento del relato ajeno, sino como conclusión de las dispersas notas propias. No se cede, en vida, completamente al otro. Por otra parte, la enfermedad, el cáncer, se silencia en tanto evidencia del límite físico: su presencia solo actúa como motor último de esta narración a contratiempo. La enfermedad no merece ser vivida; la memoria debe ser rescatada de ella. Luego, una vez pasado el fin, habrá otro texto, el escrito que se inserta en el hábito de hablar acerca del filósofo – ya no el hablar *del* filósofo, como en *Pensamiento vivido* –: será “El fundador de escuela”, de Agnes Heller.

El género en las notas. Las menciones de la autobiografía en tanto tal ratifican la voluntad de no ceder la voz, de recuperar una vez más la palabra que se está perdiendo. La exigencia de lo autobiográfico surge del imperativo de conciliar las palabras con los hechos y los pensamientos; la ficción está en los otros: no es cuestión de literatura, aquí, sino de invención que desvirtúa. Para subsanar ello, entonces, la utilidad de este género eminentemente referencial: “Autobiografía: aquí pretensión concreta: rectificación de ciertos puntos concernientes a la vida social” (LUKÁCS, 1986, p. 204)¹. Por otra parte, se aspira a exhibir cómo se resuelve la tensión entre la historia individual y la historia social, entre lo específico y lo genérico; la escritura o el relato de sí ha de dar cuenta de ello; dice Lukács, al inicio de sus notas: “Toda autobiografía: subjetivamente humana, no a partir evolución social – pero cómo en el marco de una evolución dada, un hombre se realiza o no” (p. 203); y, hacia el final, retoma este concepto: “Autobiografía, tendencias subjetivas (en desarrollo) a realizar prácticamente su propia especificidad genérica (= *real* despliegue de la individualidad) (p. 237).

No obstante, desde el comienzo de las notas, se ratifica la subjetividad: “Subjetividad de la autobiografía como complemento y comentario de mi propia actividad literaria. Desde este punto de vista, subjetividad insuperable” (p. 205); lo insuperable es aquí lo buscado: la verdad del sujeto y la negación de la impostura, por un lado; por otro, el énfasis en su especificidad y no el desplazamiento hacia otros géneros: aquí no, parece decir Lukács, el discurso filosófico o sobre el filósofo. Aún hay tiempo para hablar.

La autobiografía para los otros. La afirmación categórica del género lleva, entonces, a que los otros lo acepten en tanto tal; los obliga a reflexionar sobre él. Se reconoce, en esta composición de diálogos y notas, variantes de la escritura del yo. Cases recupera el título, pensado, vivido, de lo que hubiera llegado a ser y que concluyó en esta conjunción: “La expresión refleja bien la total subordinación de la vida al pensamiento que era característica del hombre” (Cases, 1985, p. 88). Eörsi, por su parte, relata la génesis de esta coincidencia necesaria entre lo anotado y lo dicho:

La idea de una autobiografía poco confiable en tanto fundada solo en sus recuerdos personales le repugnaba, pero ya no tenía la fuerza de buscar en archivos, bibliotecas y en la prensa de antaño los documentos sobre los cuales habría podido apoyar sus recuerdos. No obstante, apresurado por el tiempo, terminó realizando este trabajo. Redactó rápidamente una serie de notas en lengua alemana (...). Al mismo tiempo, debía partir de la idea, creo, que, a falta de un libro documentado y basado sobre hechos irrefutables, un esbozo redactado con forma de notas podía presentar la ventaja de permitir a otro hacer las investigaciones necesarias para esclarecer los detalles (EÖRSI, 1986, pp. 16-7).

¹ Todas las indicaciones de páginas incluidas entre paréntesis y que no tienen indicación ni de año ni de autor corresponden a la ya citada obra de Lukács.

Sin embargo, más allá del carácter imperativo que tomó esta forma, consecuencia del apremio temporal, Eörsi señala también el interés que el propio Lukács concedía a la posibilidad de elaborar un texto autobiográfico y el estímulo que, hacia este proyecto, había dado su mujer, Gertrud Bortstieber. Y destaca, en el pasaje citado, un aspecto que se desprende como una preocupación continua de los diálogos, ya esbozada en las notas: la confiabilidad de la memoria, la veracidad de lo dicho; en ese sentido, escribe Lukács: “No escritor. Solo filósofo. Abstracciones. Memoria también orientada en ese sentido. Peligro: generalizar demasiado rápido lo espontáneo” (p. 204).

Los diálogos. La memoria también está aquí presente. No se trata de memorias, dijimos, sino de la frágil cualidad que se pretende invulnerable, cuanto menos lo es el cuerpo. La memoria se convierte en cuestión, se la nombra por derivación espontánea de la cualidad de lo dicho y por necesidad de ratificar su valor. Muchos son los testimonios de esta preocupación en los diálogos, ansiedad que destaca Eörsi en su prólogo; Lukács vuelve sobre ello; algunas veces, los datos que encuentra parecen confirmarlo en su corrección, como en el testimonio hallado de su posición frente la guerra: “Me pregunté, entonces, con cierta desconfianza, si era efectivamente verdad que había sido hostil a la guerra desde el principio. (...) Eso [la carta de Weber a Marianne] me confirma en la idea de que mi memoria no me engaña sobre este punto” (p. 58); o, también, en el recuerdo del encuentro entre Gertrud y Révai, en el que este, dice Lukács, “confió a Gertrud – lo cito casi palabra por palabra – que todo su viaje había estado mal preparado” (p. 156). Hay otras instancias, sin embargo, en las que el esfuerzo parece infructuoso: “Ya no me acuerdo. Hablaron tan mal de mí durante mi existencia que ya no llego a acordarme del detalle” (p. 185).

Además de la referencia a la posibilidad – o dificultad – del recuerdo, esta última cita pone de manifiesto una inquietud que, señalábamos, ya estaba incluso considerada en las notas: lo que los otros digan sobre la vida propia, las falsificaciones de la historia. Elucidar muchas desafortunadas o deliberadas invenciones, rectificar aspectos de la vida social constituyen una de las continuidades de este singular texto autobiográfico. Las referencias son múltiples; los contextos, diversos, pero están sobre todo orientados a la vida pública, “social”, como afirma el propio Lukács; los ejemplos, en este sentido, se multiplican: “Las afirmaciones posteriores de la contrarrevolución, de Emma Ritoók, por ejemplo (...), no corresponden en absoluto a la realidad” (p. 67); “Así, todo lo que la historia oficial del Partido escribe sobre mí es, para expresarme en términos educados, extremadamente dudoso desde el punto de vista de la verdad” (p. 158); “Por supuesto, las falsificaciones alcanzan hoy proporciones inauditas” (p. 164); “No vale la pena que se hable de esta historia, es una mentira pura y simple” (p. 164). A estas se podrían sumar otras tantas evidencias de la voluntad de rectificación. Central uso de la memoria, entonces: el decir verdadero.

Pero la rememoración no se agota en la corrección de lo tergiversado o desmentido por otros. Las vivencias se ordenan, se enlazan en el recuerdo y en la lógica narrativa que se les imprime. Para ello, Lukács manifiesta los criterios y permite que se desprendan, de su relato, convergencias, una causalidad vital que se impregna muchas veces de la magia narrativa de la ficción. En primer lugar, el orden: para Lukács, este no puede ser más que cronológico (“proceder cronológicamente dado que, en mi vida, todo está relacionado con todo. Es necesario, entonces, empezar por el comienzo de mi evolución” (31)); este comienzo es ratificado más adelante: “En mí, todo es la evolución de algo. No creo que haya elementos inorgánicos en mi evolución” (p. 111). Por otra parte, ambas citas también anticipan un sortilegio de la creación que se desliza a la vida misma: lograr el entrelazamiento de las partes e integrarlo en una totalidad; así, el pensamiento final confirma la totalidad y desmiente que la forma se rompa al chocar con la vida. En segundo lugar, el azar: lo irreductible vital y atributo del narrador en el relato imaginario juega aquí el rol de garantizar que la historia singular continúe, es decir, que la vida misma siga su curso. La suerte se convierte, de esta manera, en otro motivo que recurrentemente nos da la explicación de lo ocurrido; Lukács afirma, en efecto, que la “suerte” ha estado de su lado y ha moldeado más de un episodio que era, en verdad, una encrucijada: “No fui descubierto; la suerte que me siguió durante toda mi existencia ya me sirvió esa vez” (p. 92), señala en los diálogos; más adelante, observa, en el mismo sentido: “Es la conjunción de innumerables factores que, además de mi suerte legendaria, me permitieron escapar al arresto” (p. 135); y, por último: “No se puede llamar a eso de otro modo que no sea suerte” (p. 136). En el final se reconoce un factor que no puede sino emanar de la vida y que permite que esta se prolongue; esta protección fortuita se retira cuando ya el ciclo se va extinguiendo, cuando ya fue la garantía de que no hubiera cortes, de que la “evolución” se produjera. Ese factor, esa causalidad narrativa y vital no puede ser nombrada, en la existencia concebida en los términos de esta subjetividad, más que como “suerte”.

La vida auténtica. Señalamos, por un lado, la necesidad de contar para despejar la historia personal de las imposturas. Por otro lado, la protección que surge desde el injustificado azar. Agregamos, ahora, la conjunción de estos elementos que, en otro plano, esta autobiografía diseña: la voluntad de construir una vida auténtica, la protección que emana de ciertas experiencias. Comenzamos, como el propio autor elige, por la infancia: el padre es la primera figura que armoniza estos componentes. En primer lugar, su vida habría sido otra con otro padre; este fue la garantía material de los primeros años y de la primera juventud; primera benevolencia, entonces: este padre y no otro. Además, es, en la infancia, el que protege del despotismo doméstico, el que libera del encierro y el que señala la diferencia entre la falsía y la afinidad verdadera: a la madre le corresponde la represión y la impostura del protocolo; al padre, la liberación y la coincidencia.

Del confinamiento infantil también hay otras instancias liberadoras; en las notas, ya señala Lukács la lectura, la literatura como un camino de la insumisión: “El aprendizaje de la lectura: ampliación de la realidad más allá de los muros de la habitación de niño” (p. 207). Primero, la lectura; luego, los aprendizajes que se le deben a la literatura y que moldean lo deseado para la existencia: la *Ilíada* y *El último de los mohicanos* enseñan “que el éxito no era un criterio” (p. 34); las novelas de Mark Twain, *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*, permiten asociar la vida con los ideales: “Tuve, en mi infancia, un ideal: vivir como Tom Sawyer” (p. 34). Las lecturas, además, configuran un deseo del llegar a ser: convertirse en escritor; la vida adulta, sin embargo, muestra el límite para esto y da paso a la realización del filósofo: “La literatura comienza allí donde, me parece, yo no sería capaz de escribir lo que estoy leyendo” (p. 38).

Finalmente, la conjunción entre las personas y la literatura. En primer lugar, allí, la amistad, un amigo: Leo Popper. En él descubre Lukács una cualidad buscada, “su sentido de la calidad” (p. 43) y de él aprende, precisamente, “que el sentido de la calidad era, en materia artística, la cuestión esencial” (p. 43). También hay otras amistades, como la que lo une con Anna Leszanai, que “no se desmintió en toda la vida” (p. 56) y en la que se vuelven a descubrir las correspondencias que sustenta, en buena medida, la literatura.

La última afinidad, la más duradera: Gertrud. En ella dice Lukács haber encontrado una manifestación de lo que está contenido en algunos personajes femeninos de Keller, sobre todo en función de su rigor ético. La cualidad de la unión, como réplica de aquella primera, con el padre, multiplica sus resonancias; si en ocasiones la suerte obra en su favor, en otras necesita de la intervención de esta mujer para saber cómo continuar: “Desde mi encuentro con G., obtener su aprobación se convirtió en el problema central de mi existencia personal” (p. 222). El recuerdo le otorga una condición de infalibilidad, que indica el camino; el recuerdo, también, la aparta de la primera impostura, la materna, de las “palabras protocolares”, para llevarlo a una dimensión vital marcada por “una comunión espiritual y moral” que se prolongó hasta lo último.

Hasta aquí, las explicaciones en torno a la vida. Desde ellas, otras lecturas, también orientadas a la vida y a la obra se vuelven posibles. *Pensamiento vivido* deja los signos para entender el llegar a ser filósofo y para comprender, también, el lugar político, la más incontestable de las afirmaciones de esta autobiografía final: “Ser comunista fue efectivamente el mayor giro de mi vida, el resultado más importante de mi evolución” (p. 224).

Referências bibliográficas

CASES, C. *Su Lukács*. Vicende di un'interpretazione. Turín : Einaudi, 1985.

EÖRSI, I. “Le droit à la dernière parole”. In: LUKÁCS, G. *Pensée vécue. Mémoires parlées*. París : L'Arche éditeur (Le sens de la marche), 1986, pp. 9-29.

LUKÁCS, G. *Pensée vécue. Mémoires parlées*. París : L'Arche éditeur (Le sens de la marche), 1986.